

5



Cena de celebración para gusanos

1



Llevaba más de veinticinco años escribiendo, y nunca atravesó una crisis tan profunda y larga como la actual, en la que durante más de dieciocho meses no había escrito ni una sola línea; y no porque se hubiera tomado un descanso voluntario, sino porque su creatividad parecía haberse secado completamente. Era el típico autor que escribía un poco de todo, aunque principalmente novela, y publicaba como un reloj, un libro al año.

Pero ahora, prácticamente cada día se sentaba frente al ordenador y pasaba dos horas en blanco, hasta que lo volvía a desconectar hundiéndose cada vez más en su depresión. Los ansiolíticos que se estaba tomando sin receta médica (eran de los que a su esposa le había recetado el psiquiatra el año anterior cuando se casó su primera hija) apenas le habían disminuido el problema y por otra parte le estaban creando adicción, lo cual, combinado con la coca que también empezó a tomar recientemente, lo acabó hundiendo en un estado anímico caótico y zigzagueante que pasaba una y otra vez de la mayor de las euforias a la más oscura de las depresiones. Ni él mismo sabría concretar el motivo por el que comenzó a tomar coca, si lo había hecho para eludir sus problemas, o por el contrario lo hizo con la esperanza de que de ese modo conseguiría la inspiración. Sabía que otros autores trabajaban de forma habitual en estos estados anímicos artificiales. Pero en su caso la inspiración no llegaba. Es posible que las drogas puedan ayudar a la creatividad, pero por lo visto lo que no podían hacer era despertarla, y en su caso llevaba dormida durante muchos meses. Había incluso

intentado escribir la segunda parte de una de sus novelas más conocidas: *La tribu del galgo*, publicada diez años antes, pero ni siquiera basándose en los personajes creados entonces, ni elucubrando sobre nuevas aventuras de los mismos pudo empezar a escribir de nuevo.

Sus dos hijas gemelas, Anita y Lola, se habían casado ambas el año anterior, con lo cual, a su ya carencial estado anímico, se le había unido este otro factor. Repentinamente y después de veintitrés años, se quedaba a solas con su mujer. Ana tampoco se adaptaba bien a la nueva situación, y el hecho de que sus dos hijas se le casaran con una diferencia de pocos meses, y ambas, además, se fueran a vivir a otra ciudad, le provocó una situación de estrés sin precedentes. Era un momento de reencuentro para el matrimonio, de intentar disfrutar de nuevo ambos juntos, sin el lastre continuo de las hijas, pero los dos se dieron cuenta de que no estaban preparados para vivir el uno para el otro, sin la presencia del resto de la familia. Las cosas que antes se toleraban entre ellos, ahora se convertían de repente en auténticas murallas, que los separaba cada vez más. Ana perdió casi diez kilos desde que su última hija se había casado, y actualmente apenas alcanzaba los cuarenta y cinco, lo cual, teniendo en cuenta que su estatura era de un metro setenta y seis, la convertía en poco menos que un saco de huesos. A pesar de que Ana no trabajaba fuera de casa y de que Roberto apenas salía del domicilio, pasaban días enteros sin apenas cruzar una palabra y la tensión entre ellos se producía por el simple hecho de cruzar una mirada.

Roberto estaba en esos momentos frente al ordenador. El ventilador de la fuente de alimentación zumbaba sordamente, mientras en la pantalla podía verse abierto el Word, con un documento nuevo totalmente en blanco. El cursor permanecía parpadeante en la parte superior izquierda. Roberto se quedaba mirando fijamente el parpadeo, como hipnotizado, con los ojos rojos, combinación de haber dormido poco y de los efectos de la cocaína. El teléfono sonó estridentemente sacándolo del estado de sopor en el que había caído. A su alrededor, un sinfín de libros, notas y periódicos se amontonaban desordenadamente en las estanterías e incluso en el suelo y por encima de la mesa.

Ring...ring...ring...ring...

—¿Sí...?

—Roberto, soy yo—una voz femenina se escuchaba al otro lado del teléfono.

Roberto no la reconoció de inmediato debido a su estado cuasi-catatónico.

—...

—¿Rober? ¿Estás ahí?

—Sí, sí. ¿Qué ocurre?

—Hemos de vernos. Ha ocurrido algo.

—¿No me lo puedes decir por teléfono? Estoy cansado y no me apetece salir.

—Rober, debes dejar de tomar esas porquerías. Me tienes preocupada. Por favor, despierta. Ya no eres el mismo y harás que me hunda yo también.

—¿Qué problemas tienes tú?

—No me seas cínico, joder. Anda, vístete si todavía no lo has hecho y bájate a tomar un café al *Jamaica*. Yo estaré por allí dentro de una hora. ¿Vale?

—...

—...¿Vale...? ¿Me escuchas o no?—el volumen de la voz de la mujer había subido considerablemente y parecía estar perdiendo la calma por momentos.

—Está bien. Iré.

La puerta del estudio acababa de abrirse en ese momento.

—¿Quién ha llamado?—era Ana quien preguntaba desde el quicio de la puerta. Su voz era átona.

Roberto colgó el teléfono mientras se giraba en dirección a Ana.

—Un amigo.

—¿Qué amigo? ¿Qué quería?

—Nada. No te preocupes. Voy a salir a tomar café.

—¿Era esa guarra verdad?—a pesar de sus palabras, la voz de Ana seguía siendo monocorde y sin acento. Falta de fuerza y de energía.

—Oye, Ana, no empecemos otra vez, ¿vale?

—Eres tú quien ha empezado contestando a la llamada.

—Pero qué perra te ha entrado. Te he dicho que era un amigo, ¿no?

—¿Qué amigo? ¿Por qué no me lo dices? ¿Por qué no me dices qué quería?

—¡Déjame en paz!

Ana estaba llorando silenciosamente. Las lágrimas le caían por ambos lados de la cara hasta juntarse en la barbilla antes de precipitarse hacia el suelo.

—¿Quieres cerrar la puerta?! —Roberto hizo un gesto violento con la mano.

Ana, sin dejar de sollozar abandonó el estudio cerrando la puerta tras de sí. Roberto esnifó una dosis pequeña de coca, sin molestarse en preparar las rayas; utilizando una pequeña cucharilla de plata que colocó directamente y de forma alternativa en ambas fosas nasales. Por último se levantó con la intención de salir de casa.



Era un bufete de abogados de prestigio, aunque no se comprendía cómo podían trabajar adecuadamente, ni cómo pretendían transmitir una imagen de confianza a los clientes en vista de sus precarias instalaciones. No es que fueran precarias en el sentido de que no estuvieran situados en un buen punto de la ciudad. De hecho estaban en una calle céntrica e importante. Tampoco les faltaba espacio ni personal, pero lo que transmitían aquéllas instalaciones nada más traspasar el umbral de la puerta no eran más que vibraciones negativas. Las instalaciones estaban divididas en numerosos despachos, todos ellos sin ventanas de ningún tipo, ni extractores que eliminaran el humo de los fumadores empedernidos que eran casi todos sus ocupantes. Las paredes estaban pintadas de gris, lo cual era una ventaja porque no había que repintarlas cada pocos años, pero absorbían gran parte de la poca luz disponible y los despachos estaban mal distribuidos, provocando al visitante la sensación de estar en un laberinto. De hecho eso era precisamente lo que estaba pensando Ana mientras seguía a pocos metros de distancia a la secretaria que la acompañaba hasta el despacho de Zacarías Moriceau.

Algunos de los despachitos que iba dejando a derecha e izquierda tenían la puerta entreabierta, y en su interior podía ver que unos contenían montones de archivadores en aparente desorden, mientras que otros estaban ocupados por alguno de los abogados o pasantes. Todo ello en una atmósfera agobiante de poco espacio, mucho humo y escasa luz, como si del despacho de un detective de novela negra de *Truman Capote* adaptada al cine en blanco y negro se tratara. Hasta tuvo la sensación de que uno de ellos que levantó la vista al oírla pasar, enarcando ligeramente una ceja, tenía un cierto parecido con *Humphrey Bogart*.

Al fondo del pasillo se veía una de las luces parpadeando. Era uno de esos tubos fluorescentes que con el tiempo se vuelven *esquizofrénicos* y acaban atacando los nervios de cualquiera, hasta que alguien se decide a sustituirlo por otro, o bien acaba por fundirse definitivamente agotado por tanto esfuerzo inútil en llamar la atención. Por lo visto nadie le daba importancia al parpadeo ni al tintineo que producía el tubo, y sin duda, había pasado a formar parte del ambiente tétrico del bufete.

—Puede usted pasar—le dijo la secretaria haciéndole un gesto para que entrara en el despacho.

—Gracias—Ana entró, cabizbaja y con los ojos enrojecidos por el humo, mientras la secretaria volvía a recorrerse en sentido contrario el laberinto.

—Siéntese, por favor—era Moriceau quien le hablaba con voz rota.

Moriceau era de origen francés, y aunque vivía en España, prácticamente desde que tenía uso de razón, misteriosamente conservaba un ligero acento galo al hablar. Era extremadamente obeso, lo cual parecía encoger todavía más el espacio del cubículo gris. Ana tomó asiento tímidamente frente a la enorme humanidad del abogado.

—Cuénteme Ana—añadió Moriceau.

—Bueno... como ya le dije por teléfono, hace tiempo que tengo problemas.

—Si, problemas familiares. Recuerdo que me comentó algo sobre que su marido tenía una amante y que usted quería divorciarse.

—No es que quiera divorciarme—su voz era entrecortada y muy débil. El abogado tenía que hacer un gran esfuerzo para entenderla—. Lo que ocurre... Bueno... Lo que yo quisiera es que Roberto cambiara.

—Eso me parece normal si su relación actual con su esposo no es óptima, pero debe de entender que yo soy abogado, y aunque me gustaría orientarla, no soy un consejero matrimonial. Tal vez sería conveniente que visitara primero a alguien que pudiera ayudarla en este aspecto y más adelante, si realmente cree que su decisión de separarse es adecuada, puede volver a verme.

—No creo que nadie pueda ayudarme. Lo que quiero es que me informe de lo que tendría que hacer para separarme de mi marido.

—¿Lo ha comentado con él? ¿Lo han hablado?

—No..., no. No le he dicho nada.

—¿Por qué no hace una cosa? No se precipite. Háblelo con su marido, y vengan a hablar conmigo los dos. En caso de que realmente crean que es lo mejor, siempre será más adecuado hacerlo de común acuerdo. Será más rápido y más barato. Créame. Se ahorrará muchos disgustos. De todos modos—añadió—¿por qué quiere usted separarse?

—Ya se lo comenté. Él tiene una amante.

—Señora..., si todos los matrimonios en los que uno de los cónyuges, o los dos, tienen o han tenido algún amante decidieran separarse, el matrimonio ya no existiría. Tal vez su marido ha tenido algún problema, o alguna situación puntual ha provocado una relación extramarital, pero puede ser algo pasajero. Insisto en que debería de hablarlo con él y hacérselo ver.

—¿Lo está usted justificando?

—Para nada. Yo no lo justifico; simplemente intento entenderlo. ¿A qué se dedica su marido?—cambió de tema.

—Es escritor.

—Escritor... Interesante. ¿Y él tiene algún problema?

—Sí, bueno, creo que sí. A él también le ha afectado bastante que las dos niñas se hayan casado y ya no estén con nosotros. Y por lo visto está deprimido, aunque él no quiere admitirlo.

—¿Deprimido porque sus hijas se han casado?

—Supongo que será uno de los motivos. También tiene problemas con su editor que no para de exigirle que acabe el libro, y por lo visto ni siquiera lo ha empezado.

—¿Y a usted cómo le ha afectado lo de sus hijas?

A Ana se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mucho. Nunca me llegué a percatar de cuánto las necesitaba hasta que han acabado marchándose. Estoy convencida de que eran los pilares que mantenían nuestro matrimonio en pie.

—Eso suele ocurrir, pero lo que me dice me hace pensar que tal vez el motivo de la separación no sea solamente el hecho de que su marido tenga una amante. ¿No se ha parado a pensar que tal vez esa sea la excusa que usted misma se da para acabar con el matrimonio? Tal vez si su marido no estuviera con otra, usted estaría ahora pensando en el divorcio igualmente.

—No lo sé. Sólo sé que está muy violento. Apenas me habla. Lo llaman por teléfono y yo estoy segura de que es esa zorra. Esta misma mañana ha llamado y ha quedado con ella para ir a tomar café. Estoy segura de que a estas alturas estarán retozando en casa de ella.

—¿Sabe quién es?

—...No...—a Zacarías le dio la sensación de que mentía.

—Pero está segura de que existe...

—Segurísima.

—Bien. Vamos a hacer una cosa. Usted se va ahora a casa y lo medita. Intenta aclarar si lo único que la mueve al divorcio es la infidelidad de su marido, o por el contrario son otros factores. Si tiene ocasión, lo comenta con él. Si no llega a ningún acuerdo, tal vez sea conveniente que contratemos a un detective privado para que evidencie la infidelidad. De ese modo será más fácil para usted al jugar con ventaja.

—¿Entonces...?

—Lo dicho, descanse, tranquilícese y medítelo. El mundo no se acabará esta semana. Si sigue pensando en divorciarse, vuelva el próximo viernes. No hace falta que me llame para concertar cita.

—Gracias —Ana se sentía más animada. La sinceridad y la voz rota pero conciliadora de Zacarías la relajaban.

Zacarías la miró mientras salía de su despacho. Su extrema delgadez contrastaba con los sobrantes kilos de él. Se notaba que estaba sufriendo, y no pudo evitar una emoción que se reflejó en sus ojos humedeciéndolos. Una vez más se dio cuenta de que se había equivocado de profesión. Eso de ser abogado especializado en temas matrimoniales lo agobiaba cada vez más. Tal vez debiera de ser el consejero matrimonial a quien él recomendaba visitar. Tal vez de ese modo se sentiría mejor, intentando unir matrimonios en lugar de profundizar en las llagas de los demás. Con un poco de suerte Ana no volvería, o al menos no volvería en mucho tiempo. De hecho ya le había ocurrido con muchas clientas, y con algún cliente. Él intentaba ser conciliador, buscar lo bueno de cada persona y aconsejar. Era una buena forma de perder clientes, pero moralmente se sentía mucho más tranquilo.

Ana dejó la puerta entreabierta. El fluorescente tintineante absorbió los pensamientos de Zacarías una vez más.

3



La sensación de flotar era muy agradable. Oía el ruido agobiante de la circulación de Valencia como si la escuchara a través de un enorme filtro o de una ventana insonorizada de un hotel de cuatro estrellas. En cambio sus pasos los oía como si estuviera caminando a solas por un pasillo de un edificio vacío. Andaba con rapidez pero cuando se miraba los pies, lo cual hacía a menudo, le daba la sensación de que se estaban moviendo a cámara lenta, con aquél ruido que lo acompañaba

Plap...plap...plap...plap

Plap... plap...

Y los sonidos apagados de fondo. Motores, cláxones, silbatos de policía, gente hablando, música estridente saliendo de pequeños pero potentes coches con delgados y oscilantes jóvenes de pelos de colores y orejas perforadas...

Plap...plap...plap...

Un frenazo, un grito, un dedo corazón saliendo de una ventanilla...

Plap...plap...plap...

Era como estar a un metro del suelo. Esa sensación de ingravidez y aislamiento que debían de sentir los astronautas al pisar la luna...

Aquí Houston, ¿me oye?

Plap...plap...

Iba sin afeitarse y con los ojos enrojecidos. Se sentía invencible. Dentro de una hora estaría otra vez hundido en la maldita depresión, pero ahora le daba igual. Ahora era él el más importante. Nadie podía hacerle daño. Nadie podía pisotearlo. Nadie podía ser mejor que él. Nadie... Ni siquiera su maldito editor que lo agobiaba pidiéndole un nuevo libro. En esos momentos, incluso se sentía capaz de empezar a escribirlo cuando llegase a casa. El detestable documento *word* en blanco se llenaría de inmediato de miles de caracteres. Caracteres que formarían palabras con sentido, palabras que completarían líneas. Líneas que formarían párrafos. Párrafos que se multiplicarían y engordarían hasta convertirse en capítulos, y capítulos que por derecho propio compondrían una novela completa a la que sólo faltaría ponerle unas tapas de diseño. Su mejor novela. Se sentía capaz de empezarla y acabarla esa misma noche, aunque algo en su subconsciente le decía que eso no era real, que no sería posible, pero su mente lo desechara sistemáticamente. Su mente en ese momento era también invencible. Como él.

Plap...plap...

Un enorme frenazo lo volvió a la realidad. A una realidad difusa y confusa, pero realidad después de todo. El coche se detuvo apenas a un par de centímetros de él, y el taxista se puso a gritar como un descosido.

De repente pareció descender a la tierra. Ya no flotaba. Se seguía sintiendo ligero pero había dejado de flotar.

—¿¡Pero es que no ve por donde anda!?!—Gritaba el taxista—Será hijoputa...—acabó murmurando mientras volvía a iniciar la marcha después de que Roberto se apartara del carril taxi-bus.

Ya todos los sonidos eran más fuertes a su alrededor. Más estridentes. El susto le había subido el nivel de adrenalina y sin duda esta había contrarrestado el efecto de la cocaína, la cual seguía estando ahí, pero ya en segundo plano. El corazón le latía con fuerza. Todo el mundo parecía habersele quedado observando al intentar cruzar la calle sin mirar y por el lugar menos oportuno. Por un momento olvidó adónde se dirigía y su mente empezó a *crujir* intentando ordenar sus pensamientos confusos, hasta que consiguió catalogar algunos de ellos. Levantó la vista y al otro lado de la calle vio la cafetería *Jamaica*.



Ella lo estaba esperando desde hacía casi media hora. Lo cierto es que había llegado demasiado pronto, pero Roberto se estaba retrasando de todos modos.

Llevaba fumados ya cuatro cigarrillos y tomado dos cafés mientras lo esperaba nerviosamente. Lo que tenía que hablar con él era muy importante y sabía que podía cambiar sus vidas. Las de ambos. Pero también sabía que Roberto estaba hundido en una depresión de la cual a ella misma le costaría sacarlo. Incluso se preguntaba si realmente valía la pena intentarlo. Si verdaderamente tendría que seguir interponiéndose en ese matrimonio y acabar rompiéndolo para poder vivir con él. Un par de años antes no habría tenido ninguna duda al respecto, pero ahora sí que las tenía, y no pocas. Tenía muchas, muchísimas dudas. Roberto cada vez estaba más distante y hosco, incluso huraño. Llevaban varios meses en los que apenas se veían, y ella sabía que no era porque la relación de Roberto con Ana hubiera mejorado, pero tampoco sabía si eso era bueno o malo. Sospechaba, o más bien estaba convencida de que Roberto tomaba drogas, e incluso que le estaba dando a la bebida, aunque nunca había oído nada sospechoso en su aliento. Sabía que estaba atravesando una mala racha, pero al contrario que en otras ocasiones, esta vez no se dejaba aconsejar, y simplemente rehuía todo contacto. Lo llamaba a su casa y muchas veces él no contestaba a pesar de que ella sabía a ciencia cierta que estaba allí. Otras veces era la mujer quien cogía el teléfono y ella colgaba sin preguntar por Roberto.

Pero a pesar de todas sus dudas, ella seguía queriéndolo, y de hecho todo lo que hacía era por él. Por los dos. Sin darse cuenta siquiera, encendió otro cigarrillo y pidió más café a la camarera.

—Ponle un poco de anís—su voz le pareció a ella misma estridente, histérica.

Tal vez el café con anís no fuera lo más apropiado para calmarle los nervios, pero sí que era lo que más le apetecía, y en esos momentos no se encontraba con demasiadas fuerzas como para privarse de esos pequeños placeres que se podía permitir. Posiblemente lo que tenía pensado hacer era una locura. Posiblemente Roberto no se lo mereciera. Posiblemente...

Se oyó un enorme frenazo al otro lado de la calle, más intenso que el resto de ruidos y voces que lo invadían todo. Levantó la vista y vio a un taxista malhumorado sacando un puño por la ventanilla y lanzando exabruptos. Delante del taxi un hombre desaliñado lo miraba sin comprender. Era Roberto. Al cabo de unos segundos que parecieron mucho más, Roberto volvió a la acera y quedó como aislado, pensativo. Ella lo estaba mirando. Finalmente él levantó la vista en dirección a la cafetería y pudo observar su vista extraviada.



Las palabras de Zacarías la habían consolado y le habían hecho mucho bien. Se sentía más tranquila, más relajada, mejor consigo misma, pero desde luego no arreglaron su problema, y mucho menos después de lo ocurrido. Tampoco iba a hacer nada de lo que el abogado le había aconsejado. No porque los consejos no fueran buenos, ni porque creyese que la intención de Zacarías no estuviese bienintencionada, sino porque estaba convencida de que no existía ninguna solución posible. Sí que acabó compartiendo la opinión de Moriceau de que no todo el problema era su marido, ni era tampoco el hecho de que este tuviera una amante. Había mucho más, y tampoco sería una solución adecuada el divorcio. Si empezaban con los trámites de separación, sin duda ello agravaría su estado depresivo, y posiblemente el de Roberto. Acabarían hundiéndose mucho más de lo que ya lo estaban y no llegarían a ningún punto positivo. ¿Qué haría ella con cuarenta y seis años y sin saber hacer nada? Se sentía incapaz hasta de seguir respirando. Vivir con Roberto se había convertido en una tortura, pero vivir sola, sin duda sería un castigo todavía mayor. Sus hijas ya tenían su vida. Eran independientes y estaban casadas las dos con jóvenes trabajadores. Con jóvenes que al menos durante unos años las harían felices, como de hecho Roberto la había hecho feliz a ella. Pero todo cambia, todo se marchita, todo languidece y acaba muriendo. Ella era una chica con ganas de vivir y tuvo una familia que era lo que siempre había anhelado. Durante unos años todo fue bien. Las niñas crecieron sin problemas, económicamente nunca les había faltado de nada, y el amor pareció estar presente mucho tiempo después de que la pasión desapareciera definitivamente. Cuando acabaron casándose las dos niñas, con tan poca diferencia de tiempo, todo se le vino abajo. Su motivación para vivir parecía terminada. Ya no le quedaba nada por hacer, y no se sentía capaz ni con fuerzas de esperar a que vinieran los nietos. Además, ¿qué haría cuando tuviera nietos? Las dos se le habían ido a vivir fuera de Valencia, y no podría estar con ellas. No le llevarían los nietos más que de vez en cuando algún fin de semana.

El carácter de Roberto había cambiado mucho en los últimos años, y, sobretudo en los últimos meses. No sabría decir si ella se sentía tan hundida porque él estaba así, o viceversa. Tal vez se trataba de algo mutuo que acabó desencadenando una situación que no sabía cómo afrontar. ¿Qué podía importar quién empezó con todo? ¿De qué valía etiquetar responsabilidades y señalar culpables? Lo cierto es que la energía vital que habitaba en su hogar se había extinguido totalmente, y nada ni nadie sería capaz de recuperarla. El simple hecho

de pensar en lo que le esperaba en los próximos treinta años de vida la horrorizaba. Vivir tanto tiempo era una obligación que no se veía con fuerzas de asumir. Se miró al espejo y vio muchas más arrugas que esa misma mañana. Parecía envejecer por horas, por minutos. Cada nuevo minuto una nueva arruga. Las ojeras eran de más de un centímetro y de un azul intenso, los ojos los tenía hundidos, sin vida, opacos. Las pestañas que habían sido largas no mucho antes, ahora eran cortas y escasas. La pérdida de peso provocaba entre otras cosas que su piel perdiera vigor y le colgase por todas partes. Se desnudó y lo que vio tampoco le gustó en absoluto. Parecía una lámina de una lección de anatomía reflejada en el espejo, donde podían distinguirse cada uno de los huesos del cuerpo. Las tetas, casi inexistentes, incomprensiblemente le colgaban de forma exagerada, con los pezones mirando hacia abajo como avergonzados por la imagen reflejada en el espejo. El pelo lacio y las uñas mordidas completaban el espectáculo. Ana llenó la bañera con agua muy caliente. En algún sitio había leído u oído que con el agua caliente resultaba menos doloroso. Decían que era incluso indoloro. Tampoco importaba demasiado, pero si podía hacerlo sin sufrir más, se sentiría más tranquila. Más relajada.

La bañera estaba llena y humeante. Su imagen había desaparecido del espejo debido al vapor que lo transformaba en una superficie blanca no reflectante. Se sumergió en la bañera. El agua estaba demasiado caliente para su gusto, pero pronto se enfriaría. Cuando ya estuvo totalmente sumergida dejó pasar unos minutos y se puso a pensar en sus hijas. Por su mente vio transcurrir el nacimiento de las gemelas. *Su bautizo...*

Su primera comunión...

Su primera regla que les llegó el mismo día...

Su boda...

El vaho lo invadía todo y la calidez púrpura de la sangre derramada por sus venas abiertas tiñó de rojo el agua de la bañera.

El bautizo...

La primera comunión...



Si era sincero consigo mismo, debía de admitir que ya no estaba tan convencido de no estar muerto. Era una sensación extraña que nunca hubiera podido imaginar. Parecía estar totalmente consciente y podía pensar con relativa claridad, y en

cambio su cuerpo físico estaba dentro de un frigorífico de acero inoxidable identificado con una etiqueta adhesiva en el exterior. Una de las cosas que más le asombraban de la nueva situación y a la que ya le estaba tomando afición, era la posibilidad de desplazarse de forma prácticamente instantánea de un lugar a otro. Las distancias no tenían problemas para él, como tampoco lo tenían las paredes ni otras barreras. Las sensaciones de frío, calor, hambre y cualquier otra meramente humana o animal habían desaparecido. Parecía haberse convertido en algo simplemente energético. Le vinieron a la cabeza, o mejor dicho a la mente porque la cabeza no iba precisamente consigo, los libros que había leído hacía algunos años de Arthur C. Clarke en los que se hablaba de la evolución del ser humano y de que éste podría acabar en mera energía sin la esclavitud que el cuerpo supone actualmente. Era de una fantasía desbordante, pero a él le estaba ocurriendo algo similar y sin que hubieran pasado cientos o miles de años de evolución. Un disparo en la cabeza y algo salió de su cuerpo. Hasta el momento se había convencido de que seguía vivo y que simplemente permanecía en una especie de coma lúcido, pero cuanto más recapacitaba sobre lo ocurrido, más dudas tenía al respecto. Cuando se acercaba a su cuerpo, algo le impedía arrimarse lo suficiente como para entrar en él. No sabía qué extraña fuerza era esa, pero existía una especie de barrera. Era como cuando dos imanes se intentan unir por un mismo polo y acaban repeliéndose mutuamente. Barrera que en cambio no existía en ningún otro cuerpo. No es que pudiera entrar en el cuerpo de los demás, pero los podía atravesar tan fácilmente como atravesaba una pared o una puerta cerrada. Esa aparente libertad lo embargaba y emocionaba, pero al mismo tiempo se sentía solo. Enormemente solo. Únicamente pudo hablar con el tipo raro de la cabeza manchada y gafas de culo de botella, y por lo visto la vieja que estaba con él también pudo escucharlo, en vista de la reacción que tuvo de salir corriendo de la habitación. Le dio tal susto a él mismo que decidió abandonar la conversación y la habitación, pero no descartaba volver otro día para intentar contactar con ese individuo. Claro que ese deseo venía precisamente ocasionado por las mayores dudas que tenía respecto a su verdadera identidad. No tenía ni idea de quién era ese hombre, pero estaba recordando la situación, y sin duda se trataba de algún espiritista o algo similar. Siempre había creído que todo ese mundo estaba lleno de farsantes, pero ahora tampoco sabía qué pensar. Le asaltaban muchas preguntas. ¿Cómo había ido a parar allí? Intentaba recordarlo y solo se acordaba de una rara atracción. Una extraña fuerza que lo succionaba hasta allí. Como si alguien estuviera llamándolo y él no se pudiera negar a acudir a la llamada. ¿Qué era él entonces? Si ese individuo era un espiritista y él se había sentido atraído hacia ese lugar... ¿significaba eso que él era solo un espíritu? ¿El espíritu de alguien muerto? ¿El espíritu de Oliver?

Pero si era así, ¿por qué seguía allí, tan cerca del resto de la humanidad? ¿No debería de estar en otro mundo, en otra dimensión? ¿No tendría que estar en contacto con otras almas? ¿Existía realmente esa vida después de la muerte? Nunca lo había creído. Siempre había pensado que cuando uno se muere todo acaba con una cena de celebración para gusanos y nada más. Tal vez por eso hubiera estado convencido hasta hacía unas horas de que seguía vivo.

Por otra parte, si seguía elucubrando sobre tan extraña situación, si pensaba que realmente estaba muerto y que ahora era un alma, un espíritu, y que eso significaba que existía una vida después de la muerte... ¿dónde estaban el resto de las almas? ¿O es que acaso cada alma se creaba su universo particular que era paralelo al de las demás y por lo tanto existía un universo distinto por cada alma de difunto? Eso parecía absurdo. Casi tanto como el hecho de que no pudiera determinar con seguridad si seguía vivo o no. Sólo quedaba una última posible explicación, y era que todo lo *ocurrido* fuera un sueño. Que realmente nada hubiera pasado. Si eso era así, ¿desde cuándo estaba soñando? ¿Desde antes de los disparos o desde después? Si era desde antes, tal vez en estos momentos se encontrara en su cama tapado hasta las orejas esperando a que amaneciera para despertar. Si por el contrario había ocurrido después, podría ser que hubiera quedado inconsciente con posterioridad al atraco y que su sueño proviniera del coma, y a partir de ahí todo fuera una ficción creada por sus inquietudes personales. Nadie sabía con exactitud lo que ocurría en la mente de una persona cuando permanecía en coma profundo, de manera que todo parecía posible. ¿Quién podría asegurar que el paciente comatoso no estuviera escuchándolo todo? ¿O incluso viéndolo todo desde una perspectiva extracorpórea? Nadie. Desde luego nadie podría asegurarlo con certeza, pero esto último tampoco tenía demasiado sentido. Si su experiencia extracorpórea era ocasionada por el coma y él se encontraba ahora en un hospital en lugar de en una fría nevera, ¿a qué venía todo lo demás? La única explicación sería que estuviera en coma y soñando. Dios... Era todo tan complicado que si tuviera cabeza le estaría a punto de estallar.

Una nueva sensación interrumpió sus elucubraciones. Una especie de nueva llamada similar a la que sintió cuando tuvo la necesidad de ir donde estaba el médium, pero en esta ocasión sentía la necesidad de acudir a la morgue donde *descansaba* su cuerpo. Era la primera vez que le ocurría. Hasta ahora se había desplazado varias veces cerca de su cuerpo, pero siempre con cierta iniciativa por su parte. En esta ocasión era como si le estuvieran llamando para que acudiera. Fue cosa de una fracción de segundo. Todavía estaba pensando en lo que podría estar ocurriendo, cuando ya estaba a apenas tres metros de distancia del *cadáver*.

Un hombre delgado, alto, con barba de cinco días y aspecto demacrado estaba abriendo el nicho donde se conservaba a baja temperatura su cuerpo sin vida aparente. Este hombre iba vestido con una bata blanca similar a las de hospital y en el bolsillo superior izquierdo se distinguían una especie de bisturís o escalpelos. Tal vez ambas cosas.

Unos instantes después su cuerpo estaba sobre la misma camilla, pero en el centro de la sala. El hombre delgado acababa de conectar una pequeña grabadora y ya tenía en sus manos uno de los bisturís que momentos antes había estado en el bolsillo de la bata blanca.

—...cuarenta y cinco años de edad según consta en su ficha de ingreso... se aprecian dos orificios de bala; uno de ellos en el hombro y el otro en la cabeza...

¿Qué está haciendo este tipo?

¿No se atreverá a hacerme la autopsia?

Un momento, escuche...

¿No me oye?

Mierda....

Oiga, mire hacia arriba, maldita sea, estoy aquí, no puede hacerme eso...

¡Oiga!...

—...no se aprecian otras heridas, por lo que aparentemente la muerte le sobrevino ocasionada por el disparo recibido en la cabeza... habrá que determinar si el disparo del hombro fue anterior como es de suponer o posterior... parece ser que ha sangrado abundantemente por lo que casi sin duda alguna el disparo del hombro ocurrió con anterioridad... practicaré una primera incisión...

...una incisión...

...¿de qué está hablando?...

...mire aquí maldita sea...

Una extraña voz resonó dentro de su ser. Una voz que no era ni la suya ni la del forense que estaba en esos momentos dispuesto a iniciar la autopsia de lo que había sido su cuerpo horas antes. Era una voz calmada, profunda, lejana... y tranquilizadora. ¿Qué podía significar? De pronto todo pareció perder la importancia que le estaba dando a la autopsia... su cuerpo... el forense... todo había quedado en segundo plano.

Todavía es pronto. Debes regresar.